

Sé que remedas alas de jilgueros
Donde yo estoy.

Yo sé que tú el secreto
Conoces de mi sér,
Y sé que tú te escondes en las nieblas....
¡Todo lo sé!

Que gimes en el viento,
Que nadas en la luz,
Que ríes en la risa de las aguas
Del "Ignazú,"

Que miras en las altas
Hogueras de "Tupá"
Y en las lunas de fuego fugitivas
Que brillan al pasar.

Tú, como el algarrobo,
Sueño das á beber;
Y das la sombra hermosa que envenena
Como el "ahué,"

Yo, temiendo tu sombra,
Tiemblo y huyo de tí,
Y tú en el despertar de mis memorias,
Vas tras de mí

Mis nervios que eran fuertes,
Fuertes eual "ñandubay,"

Blandos como el retoño más temprano
Del "ombú" están....

No ha pasado una luna
Después que yo te ví;
¡Mira cómo está enfermo el indio bravo
Sólo por tí!"

Y después cuando "Tabaré" piensa en la hermosura de la mujer que lo llevó en su seno prurumpe en estos versos:

"Era así como tú.... blanca y hermosa;
Era así como tú....
"Miraba con tus ojos" y en tu vida
Puso su luz;

Yo la ví sobre el cerro de las sombras
Pálida y sin color,
El indio niño no besó á su madre....
¡No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,
Ellas brillaron más;
Pero el hogar del indio se apagaba,
Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces
Mis manos y mis piés....
Sólo en las horas lentas yo la veo
Como "cuerpo que fué."

Hoy vive en tu mirada transparente
 Y en el espacio azul....
 Era así como tú la madre mía,
 Blanca y hermosa... ¡pero no eres tú!"

Cuando el indio se alejaba ocultando su llanto, volvía el rostro para decir á la virgen española lo que no puedo decir en prosa y que pinta la idolatría del huérfano por la que nutrió sus venas con el blanco licor de sus pechos castellanos:

"—Así como tu mano,
 Blanca como la flor del "guayacán,"
 Es la que he visto siempre en la batalla
 Mi sudorosa frente refrescar.

.....

Pero.... ¡no era la tuya!
 Era otra aquella mano ¿no es verdad?
 ¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos
 No son los que en sus sueños ve flotar!

Dile que no es tu raza
 La que vierte esa tenue claridad
 Que en el alma del indio reproduce
 Aquella luz de su extinguido hogar:

Aquella luz que el astro de los muertos
 Nunca sabrá copiar,

Más pura que el reir de las auroras,
 Y el llorar de las tardes, mucho más!

.....

¡Oh! no: tú eres la sombra,
 Tú no vives la vida como yo;
 ¿Porqué has de arrebatarme mi memoria
 Y vestirme ante mí de su color?

.....

¡Déjame! ¡No me sigas!
 ¿No sientes? ¿No lo ves?
 ¡El corazón del indio está muy negro!
 ¡Triste como la sombra del "ahué!"

"Tabaré" se desprende bruscamente de Blanca: doña Luz ha sorprendido que el indio hablaba con ella y ésta le dijo: siento por ese salvaje algo semejante al miedo de los niños. Después se alejó de la esposa de Gonzalo, en cuyas miradas había una expresión siniestra. Surge después en el poema un personaje simpático, el Padre Estéban, misionero bondadoso con los indios. Una noche en que estaba orando el Padre Estéban, oyó un lamento doloroso; abrió la ventana y pudo ver que huía de sus miradas un charrúa que le era muy conocido, así como á todos los soldados que lo encontraban vagando por los bosques.

Era "Tabaré," que pasaba frente á las habitaciones de Blanca. Los soldados creyéndolo espectro trataron muchas veces de aprisionarlo;

BIBLIOTECA DE NUESTROS DIAS
 "ALFONSO REYES"
 Avdo. 1625 MONTEREY, MEXICO

llegaron á darle lanzadas de las que se libró con destreza; pero ya rendido hubiera muerto si el Padre Estéban no llega gritando á los españoles "deteneos" y abriendo los brazos á "Tabaré" que se aferró á su sayal y cayó á sus piés con extenuación y fiebre. El monje reclinó sobre su pecho la cabeza del indio.—Después, el poeta pinta con mano maestra el hermoso amanecer de un claro día en América; yo copiaré esos versos un poco más adelante para robustecer la idea que tengo formada de su númen.—Doña Luz suplica á su esposo que despache al indio á sus selvas; Don Gonzalo responde que partirá, pero Blanca ruega por él con ternura. Doña Luz, que no le supone pasiones nobles, asegura que meditaba "Tabaré" un crimen é inculpa al Padre Estéban porque quiere cristianizar á los salvajes.

Llama Gonzalo á *Tabaré* le reprende su conducta, diciéndole que después de haber hecho con los caciques alianza de paz, él trata de violar ese pacto y puesto que es indomable, que vuelva á la selva sin tornar nunca á pisar el mismo terreno que pisan los castellanos.

Tabaré sombrío y huraño parte acompañado del monje. ¿Por qué va triste si le devuelven su libertad? Porque va enamorado, porque lo domina una pasión inmensa como la pampa y ardiente como el sol que torna cobriza la piel de sus compañeros.

Blanca mira al indio entre las ramas y se le acerca. Besa la mano al Padre Esteban y al encontrar en el rostro de "Tabaré" una expresión horrible, la expresión de un tigre enamorado, suelta las margaritas azules que trae en la falda y se acoje horrorizada al monge, escondiendo la frente en su sayal burdo. Blanca duda también de que el indio abrigue pasiones tiernas; asegura que conmovida por su desgracia iba á consolarlo, pero que le inspira miedo; ruega al Padre Esteban que la acompañe para volver al pueblo y se despida de "Tabaré," deseando que la Virgen lo proteja.

El indio con estúpida mirada siguió sus pasos; ella volvió el rostro algunas veces y cuando "Tabaré" la miró por última vez, lanzó un horrible grito de dolor y de rabia; se desprendió bruscamente del monje sobre cuyo sayal había llorado como un niño, y corrió aullando hasta internarse en la selva. Avanzó la noche derramando sus sombras entre los árboles del bosque; á lo lejos resonaban atronando la espesura los gritos del salvaje.

"Sobre el sayal del monge,
Del charrúa quedó la primer lágrima;
¡Para llorar la moribunda estirpe
Una pupila azul necesitaba!"

Así termina el libro segundo. Con el tercer

libro que estudiaremos más adelante concluye la obra de Zorrilla de San Martín.

¡Cómo me encantan la novedad y la originalidad en las obras del ingenio humano! Zorrilla de San Martín es un poeta que merece como lírico sinceros aplausos.

Ofrecí trasladar aquí como un hermoso fragmento de poesía americana, su descripción de la mañana inserta en el libro segundo de su poema.

Es un cuadro bien trazado; no quiero suprimir ni una sola estrofa; lo hizo con los pinceles de su poderosa imaginación, en esa hora en que una voz invisible nos dice al oído los versos, puestos en el libro tercero en boca de *Tabaré*.

¿Oyes el canto? Ya anda entre las ramas
Con su canto el *urú*:
El pájaro que anuncia las auroras
Y hora por la luz.

¿Decidme si no puede arrancarse del fondo de los paisajes americanos una literatura virginal y bella, producto de la lengua castellana y de las voces propias del Nuevo Mundo, que sea sobre la esfera literaria lo que son sobre la esfera terráquea nuestras mujeres criollas, modelos de sin par hermosura, con dos sangres mezcladas en las venas y con una sola fe en el espíritu?

Zorrilla de San Martín es gran colorista; sus pinceles han dominado el secreto del color y de la línea.—No es muy correcto, no es muy eufónico, pero es artista y no rompe la estética del fondo por cuidar el conjunto armónico de la parte exterior. Veán ustedes como amanece á sus ojos en la región pisada por *Tabaré*:

Desleída en las tintas de la aurora,
La luz se disolvió de las estrellas;
La risa de los cielos
Ha despertado el himno de la tierra.

El ombú, solitario de las lomas,
La copa verde apenas balancea;
El sauce besa al río,
Y el talle esbelto cimbran las palmeras.

Su carnoso ropaje verdinegro
Sacude el canelón de las riberas;
La flor de camalote
Morada y blanca en la corriente juega.

Como gotas de sangre que sonrien,
Las margaritas rojas se despiertan,
Despiertan las azules
Y esas hijas sin nombre de la yerba

De un amarillo y blanco deslumbrantes
Que en el campo se cuentan

Como en las claras noches de Diciembre
Se cuentan en el cielo las estrellas.

Todas las hojas brillan; una savia
 Joven y turbulenta
Circula por las cañas y los juncos,
Da ternura á los brazos de la yedra.

Desabrocha las flores de los talas
 Del "guaviyú" y la "ceiba,"
Y alegra el corazón de los palmares,
Y los estambres húmedos revienta.

Los cardos, agrupados ó dispersos,
 Levantán las cabezas
Con sus coronas frescas y azuladas
Sobre el tallo espinoso descubiertas;

Y cual ropas tendidas por la noche
 A secar en la arena,
Desparramados véñse entre espadañas
Flamencos y gaviotas y cigüeñas;

De dos en dos dispersos y pesados
 O en oscuras hileras,
Se posan en la orilla los "chajaes"
Lanzando á ratos su estridente queja;

Pasea cadenciosa entre los juncos,
Con su rítmico andar, la garza esbelta,

O acoma entre ellos el nevado cuello,
Mientras abre el "biguá" sus alas negras;

Y corre por la arena de la playa
 Esas aves pequeñas
De largas patas y afilados picos
Que en su base sutil se balancean,

Cual si intentaran emprender el vuelo
 Y de ello desistieran
Para correr de nuevo por la orilla
Allí dejando sus ligeras huellas,

Como vapor en tanto sonoro
 Que en el espacio ondea,
Los pájaros como arpas que la aurora
De las ramas desenelga,

Dan el cantar del día
Que en temblorosa ebullicion se eleva;
 Nadan en luz las notas
Y el alma de la luz palpita en ellas.

El día las recoje
Y las ajusta al ritmo de una idea,
Y así elabora el salmo indescriptible
Que eleva á Dios, al despertar, la tierra.

Las islas van flotando lentamente
 Del seno de las nieblas

Disueltas por la luz; los horizontes
Al través de los árboles se alejan.

La claridad naciente va ganando
Colinas y laderas:
Tras ella el sol dispara victorioso
Al través de los aires sus saetas."

Vamos á hojear el libro tercero. Zorrilla de San Martín, evoca en rotundos versos á los genios invisibles de la selva y pinta la entrada en ella de "Tabaré," á tiempo que la luna plateaba el follaje. Todo habla con este personaje de ojos azules, la tierra le dice que no la huelle porque no es indio, que para él la patria es un recuerdo y que sólo el abismo lo atrae y lo llama con siniestras voces. ¡Hasta una hoja seca, desprendida de un ceibo, habla con el salvaje enamorado!

Es muy fantástica esa parte; semeja algo de un cuento alemán, y rebosa amargura y muerte. El charrúa sigue con los ojos atónitos los giros de la hoja y después oye que el aire le habla. ¡El aire empapado en llanto de las tribus cargado de vapor de sangre y repleto de ayes de venganza!

"¿Sientes los ayes? Es la muerte que anda
Tras de las madres indias
Que huyen sin hijos. Ellos no se mueven:
Tendidos allá están en las colinas.

Son tus hermanos muertos en su tierra
Por la raza maldita.
¿Ves esa virgen que en tus sueños anda?
Está empapada de tu sangre. ¡Mírala!"

Y todo este delirio se apodera de su espíritu en la soledad de la selva agreste, en plena noche, cuando cada tronco retoreido parece una serpiente, los peñascos fantasmas, los rumores del viento gritos y maldiciones y la luna una tea inmensa ardiendo sobre los restos helados de los muertos.

Es que el indio ha vuelto á la selva de "Caracé" y se ha desplomado sobre el sepulcro de su madre, sepulcro señalado por una cruz formada con ramas de ombú.

"¡La cruz de la cautiva!

.....
¿Qué habló con el salvaje aquella noche
El alma errante que en la cruz palpita?
Es el secreto de la sombra eterna...."

Las tribus errantes han encendido en las lomas del *Hum* diez inmensas hogueras, y los indios ébrios lloran la muerte de un viejo cacique que han tendido dejándole su arco de *urunday*, la lanza, la macana y las flechas. El cadáver tiene los ojos abiertos; han puesto en su cintura bien atadas *las silbadoras bolas de pelea* y lo han pintado con jugos de *urucú*,

trazando rayas negras y amarillas en to lo el cuerpo y azules en los pómulos. Han contraído su rostro para que con horrible mueca espante á *Añang* y á *Macachera* los genios del aire. Están bien descritas las danzas de los que se han embriagado con zumo de *guaviyús* silvestres y algarrobas de miel de abejas, y el poeta pinta con elegancia á las mujeres indias que con sus hijos en los brazos cantan dando vueltas en derredor del cadáver.

Cerca del fuego están las ancianas masti- cando algo que arrojan después al brebaje embriagador y tras ellas de bruces en la sombra, se quejan los parientes del cacique, quienes en testimonio de dolor por su muerte se han cortado los dedos con el filo de sus hachas de piedra.

Hay un coro tan extraño y tan raro, que convierte al poeta en uno de esos soñadores fúnebres de las márgenes del Rhín que se pasan las noches de invierno buscando apariciones entre las tinieblas.

“¡Ahú! Dejad al muerto!
¡Dejad al *tubichá!*
¡No sopléis más la lumbre de sus fuegos!
Dejad al muerto; *Añang!*

—¡No le cerréis los ojos!
—¡Ahú! ¡Ahú! ¡Ahú!

—¿Sentis ladrar las sombras que salieron
Del tronco del ombú?

—¡Corred, seguid aquella
Que se revuelve allá!
Sacude la maleza con las alas,
Y agita el *ñapindá.*

¿A quién lleva el fantasma
De rápido correr?
Va fugitivo y en sus hombros lleva
Al *cacique que fue.*

—¡Cómo gritan los árboles!
—¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!
—El aire zumba; son los moscardones
Que corre *Añaguazú.*

—¡Persiguiendo la luna
Los perros negros van!
¡Los perros negros que á beber comienzan
Su tibia claridad!

—¡Cómo mira esa sombra
Con sus ojos de luz!
—¡Y cómo se retuereen y se alargan
Sus alas de *ñandú!*

—¡El viento! ¡El viento negro!
¡Allá va! ¡allá va!

¿Quién zumba en él? ¡Las moscas que conduce
Gruñendo el *mamangá!*

Reproduzco íntegro: estos cantos porque son la revelación de la índole supersticiosa, fantástica y enfermiza de la raza cantada por Zorri-lla de San Martín, en la que podemos llamar la noche tenebrosa de *Tabaré*.

El indio *Yamandú* reclama con títulos innegables el mando de las fuerzas que obedecían al cacique muerto y entre lo mucho que ofrece á sus compañeros les dice:

“¿Queréis matar al extranjero blanco
Seguid á *Yamandú*,
Yo sé matarlo como al gato bravo
De los bosques del *Hum*.

¡Vamos! ¡Seguidme! ¡El extranjero duerme,
Duerme en el Uruguay!
¡El sueño que en sus ojos se ha sentado
No se levantará!”

Las tribus siguen á *Yamandú* y las mujeres y los niños se dispersan. En el canto tercero, aparece San Salvador en plena calma, los castellanos duermen y los indios acechan; vienen con ellos *Ibipué* que alcanza venados y aves-truces, *Cayú* á quien *Siripu* le abrió con su hacha un signo en la frente; *Guaycuru* que fué mensajero de su tribu y rompió en la rodilla su

arco de *ñandubay* ante el jefe castellano Garay, que le regaló el casco y la adarga que usa; y *Tabolia*, una mujer de guerra que es una fiera humana. *Yamandú* va delante de todos y por entre las matas observa al resplandor de la luna el silencioso caserío.

Blanca duerme tranquila, pero de pronto la gritaría de los indios la despierta. La esquila toca á rebato; don Gonzalo, mal ceñida la cota se desprende de su esposa y de su joven hermana que le abraza llorando y sale á combatir contra los charrúas. Doña Luz huye y Blanca, desmayada, cae junto al lecho.

Durante la sangrienta refriega, un indio ha penetrado á la habitación de Gonzalo, ha recogido á la doncella y ha huído al bosque llevándola en brazos.

Blanca grita, suplica, llora; pero el clamor de la batalla apaga su voz y nada consigue.

Cuando al rayar el día supo Gonzalo el rapto de su hermana, sintió morir de ira y de dolor supremo y apareció en su mente la imagen de *Tabaré* á quien atribuyó aquel inesperado asalto de las tribus para realizar un crimen que supone meditado desde que lo encontró atravesando en las noches las calles del villorrio.

Pasado el acceso de cólera, se enternece recordando el amor de su madre por Blanca y ofrece al que la encuentre blasones y fortuna.

Yamandú se ha robado á la virgen españo-

la, y se interna con ella en un bosque que solo él conoce. La virgen lanza un grito horrible y ese grito resuena en el corazón de otro indio que por allí vagaba errante y que aparece donde Blanca yacía casi exánime.

Salta sobre *Yamandú* y con indomable fuerza lo estrangula. Después huye á esconder el cadáver entre las zarzas. Huye sin rumbo, pero escucha el quejido de la doncella, semejante á un reclamo dulce, y vuelve al sitio en que la dejara. Cuando Blanca mira á *Tabaré* lo inculpa, pues no se ha dado cuenta de la escena durante su vértigo.—¿Por qué me odias?—le dice.—Yo nunca te hice mal. Deja que rece para morir tranquila. *Tabaré* grita de desesperación y Blanca atribuye á rabia sus sollozos.—No! tú no morirás nunca—le dice. Blanca mira al indio y éste en tiernísimas frases le pinta sus desgracias. le asegura que la llevará con los castellanos y él tornara á su selva y morirá olvidado. Tantas ternuras le dice, que Blanca ve la luz en aquel abismo.

“Todo lo comprendió y amó al salvaje
Como las tumbas aman;
Como se aman dos fuegos de un sepulcro
Al convertirse en una sola llama.

Como de dos deseos imposibles
Se aman las esperanzas,

Cual se ama desde el borde del abismo
Al vértigo que vive en sus entrañas.”

Tabaré conduce á Blanca por en medio de la selva; la lleva con tierno cuidado, despertando á los venados que duermen en la maleza; de pronto se detiene debajo de un sauce; cree que Blanca se ha muerto y se sienta con ella en los brazos, mirándola extasiado. Torna á proseguir su marcha hasta divisar una columna de humo elevándose sobre la masa de los árboles: era San Salvador; allí iba á dejar *Tabaré* á su hermosa virgen, después de haberla librado de *Yamandú*. Blanca abrió los ojos y al ver el caserío y al encontrarse la mirada dulce del indio rompió en llantos y en sollozos. *Tabaré* escuchándola con indiferencia penetró en el bosque de talas y ceibas que parecieron cerrarse detrás de sus pasos.

“Tal se cierran

Las aguas ó el sepulcro en cuyo seno
Se hunden ó se despeñan
La flor que se desprende de su rama,
Y el hombre que resbala de la tierra.”

Gonzalo, entre tanto, ha estado como un loco, amenazando hasta al padre Esteban, y cuando distinguió á *Tabaré* con Blanca, desnuda la espada y se adelanta á recibirlos.—¡No le toquéis!—gritaron todos.—¡Traidores!—repuso

don Gonzalo—yo os mostraré cómo se aplasta la víbora. Corrió á donde llegaba el salvaje y le hundió la espada en el pecho atravesándolo de parte á parte. Blanca solloza abrazada al cuerpo de aquel infortunado charrúa á quien tanto amor y tantas ternuras debe; la tarde espira y se oye entre los rumores del crepúsculo la oración del monje por los muertos.

Tal es la obra de Zorrilla de San Martín. ¿Será una epopeya? ¿Será un poema épico? ¿Canta realmente á una raza extinguida? ¿Pursigue un fin patriótico? Hay de todo en estas hojas que entrañan bellezas y originalidades, pero no les busquéis semejanza con epopeyas griegas ni con poemas épicos castellanos.—Ni Homero, ni Virgilio, ni Tasso se asoman en estas páginas, ni con ellas se recuerda al español Ercilla; *Tabaré* es una hermosa leyenda americana; el indio salvaje ama con ternura de ángel; nace infortunado, vive sin ventura y muere sin mancha.

Es el amor puro, que tiene por santuario un pecho cobrizo, dos pupilas azules como delatoras, un hecho grande y noble como prueba y la muerte como premio.

Pero para desarrollar y exponer esto el poeta ha dejado que vuele con libertad el numen sobre los espacios de una literatura nueva por

localista y exhuberante; ha traducido los rumores del viento que cruza la pampa y sacude las selvas uruguayas, ha interpretado el murmurio de las azules ondas de sus ríos patrios: ha hablado el dulce idioma de los urutíes y de las calandrias; ha pedido á los ceibos y á los "ñandubais" el vigor y la pompa con que se alzan magestuosos y pintados con mano maestra las costumbres, las supersticiones y la fiereza de extinguidas tribus y la crueldad y el arrojo de antiguos castellanos, ha producido un libro hermoso, nuevo, delicado, que además de hacerse estimar por su mérito habrán de agradecerlo y de aplaudirlo los compatriotas del poeta, no sólo por lo bien que en él se describen y enlazan las bellezas de su tierra, sino porque obliga á pronunciar con entusiasmo el nombre del Uruguay en todos los dominios de la lengua española.

Acaso de todas las coronas, esta sea la que más estime el poeta y la que lleno de orgullo coloque sus sienas. Nada es más grato que obligar á los extraños á que pronuncien con admiración y entusiasmo el nombre de la tierra donde hemos nacido.

En México han aplaudido con sincera convicción el poema de Zorrilla de San Martín, la mayor parte de los jóvenes literatos á quienes encanta lo que pertenece á la literatura americana.

Yo, debo decirlo con franqueza, he releído con entusiasmo este libro sublime. En mis días de retiro en el campo, con él he llenado de solaz mis horas y no he de olvidar nunca el entusiasmo que sus estrofas han despertado en el corazón de mis amigos.

Un día, personas á mí muy allegadas, compañeros y amigos, cuatrivadas por el poema entre los cuales recuerdo á Alberto y Eduardo Franco y á José C. Ramírez, me indicaban la necesidad de que se imprimiera no para lucrar sino para hacer en todos los círculos sociales, una propaganda hermosa de tan bella creación americana y de pronto, como encanto, surgió un editor lleno de erudición literaria, amigo de todos los cultivadores de las bellas letras: Eusebio Sánchez, uno de los libreros-pensadores que no temen nunca arriesgarse en una empresa que lleve por fin principal la propagación de lo bello. Conoció el poema de Zorrilla de San Martín y se decidió desde luego á publicarlo, haciendo así á nuestros poetas un beneficio incalculable. Mé pidió algunas palabras para que sirvieran de introducción y yo le he dado este artículo que no es un juicio sino un aplauso al joven autor que por sus talentos ha merecido ser nombrado Plenipotenciario de su patria en España, en cuya Villa y Corte ha hecho nueva edición de su poema y se ha cantado el aplauso de los inteligentes con una conferen-

cia dada en el Ateneo sobre la Conquista del Río de la Plata.

La presente edición es muy correcta y está hecha para glorificar el nombre del poeta, no para lucrar con su estro.

No morirá "Tabaré." Creaciones así tienen un destino próspero y hermoso.

Desde que nuestro inteligente amigo Don Ramón Mendoza puso en nuestras manos la leyenda india, la hemos leído entre literatos y entre personas de exquisito criterio, complaciéndonos de que todos la aplaudan y comprendan su interés como obra netamente americana.

Felicitemos al poeta. Sus versos nos han hecho conocer su patria y serán siempre una joya que conservemos con satisfacción y cariño.

Lleguen al fondo de las selvas en que nació, amó y murió "Tabaré," el aplauso que le enviamos desde esta región de Anáhuac, que no es la menos hermosa entre sus simpáticas hermanas del Nuevo Mundo.

JUAN DE DIOS PEZA.